

LAS FRONTERAS DE LO HUMANO. MARÍA CARMAN. 2017. EDITORIAL SIGLO XXI, ARGENTINA

CELESTE MEDRANO

CONICET. Instituto de Ciencias Antropológicas (UBA), Argentina
celestazo@hotmail.com

Compartimos con María Carman una afición, la de interrogarnos sobre los escenarios (y sus bambalinas) donde los humanos y los animales interpretan mundos que nunca fueron solo humanos, o solo animales. En estas circunstancias, a comienzos de 2017, fui convocada a presentar la segunda parte del libro *Las fronteras de lo humano* titulada: «El caballito de Boedo y el cartonero sin nombre: Un abordaje crítico a los derechos animales»¹. Lo que leerán a continuación es el texto que compartí en aquella oportunidad, en el cual ensayé un diálogo entre los aportes de la autora y los múltiples mundos que componen los existentes –más que humanos– que los habitan.

Sin embargo, antes de meterme de lleno en esta reseña/ensayo, quiero narrarles una anécdota personal de mi experiencia con el libro. Este desliz narcisista no tiene otro propósito que el de compartir un hecho que signó mi lectura. Confieso que, a pesar de haber sido asignada a la segunda parte, me vi tentada a leer primero la introducción. Allí María Carman, al brindarnos una sinopsis de lo que el lector podrá encontrar en ambas partes del libro –pero específicamente en la que a mí me tocó comentar–, evoca la película *Grizzly Man* (2005), un documental que Werner Herzog estrena en 2005 (Carman, 2017:15). El film describe las peripecias de un joven ecologista estadounidense, Timothy Treadwell, quien convivió durante trece veranos con los osos pardos de Alaska, los que finalmente se lo comieron. Tengo un interés especial por la obra de este director de cine alemán, de modo tal que me apresuré a buscar la película y la miré esa misma noche. Lo que se ve en *Grizzly*

Man da escalofríos, sorprende, inquieta. Hablé durante días de dicho documental con amigos, colegas, familiares; todavía lo hago. Hasta el momento la única certeza que puedo transmitir es que Herzog, una vez más, con extraordinaria sabiduría, con magnífica agudeza retrata la interfaz de una relación entre los humanos y los osos, la naturaleza y la sociedad, los conservacionistas, el Estado, la prensa y los ciudadanos, sin traslucir ningún tipo de verdad absoluta. Después de ver el documental sabemos menos que antes de verlo, necesitamos volver a interrogarnos, todo nos interpela.

Con esta sensación, comencé yo a leer *Las fronteras de lo humano*. Lectores, quiero advertirles, Carman les tiende trampas, sinuosos trampolines hacia los límites de ustedes mismos. La segunda parte del libro, esta que habla de las «fronteras y las moralidades de lo humano y lo animal en ciertos conflictos de nuestras sociedades» (Carman, 2017: 21) da escalofríos, sorprende, inquieta. Si quieren colmarse de interrogantes, si se animan a ser verdaderamente interpelados, lean el libro.

María Carman escribió esta segunda parte de su libro con el supuesto de que «existe una afinidad entre ciertos argumentos que defienden la atribución de derechos a los animales y los argumentos de quienes niegan el universo cultural de los sectores más relegados de la sociedad» (ibíd.:148). Les pido entonces que emprendan conmigo, en este mismo momento, un simple ejercicio. Que cierren los ojos y se figuren a un grupo de animales –podrían ser caballos, por ejemplo– litigando en un tribunal de justicia; y vislumbren a un grupo

de humanos que, encerrados en establos, son adiestrados día a día para que aprendan a comportarse, abandonen su estado salvaje y conquisten dignos modales. Un espectador que asista a tales imaginarios sospechará que se trata de los escenarios de alguna novela, sin embargo, la lectura del libro develará la condición de posibilidad de semejantes montajes. Estudiemos entonces un poco el recorrido que hace la autora para arribar a dichas aseveraciones.

Mi intención no es reconstruir los aspectos del marco teórico en el que se inscribe la obra, pero sí quiero mencionar brevemente algunas nociones en las que abreva para que puedan comprender sus alcances. En el año 2005, Philippe Descola publica una obra que, basada en su trabajo de campo etnográfico de larga duración entre los achuar de la Amazonía ecuatoriana y en la revisión de centenas de otras obras etnográficas, revoluciona el estudio de la relación entre la naturaleza y la cultura. Este antropólogo francés pergeña un modelo de cuatro ontologías (el animismo, el naturalismo, el totemismo y el analogismo) en el que podrían caber todas las sociedades del mundo. Para Descola (2016:149), las ontologías no son nada más –ni nada menos–, que sistemas de conceptualización de las continuidades y discontinuidades entre humanos y no-humanos (animales, por ejemplo). Así, en el contexto del animismo y el totemismo, dos de las fórmulas ontológicas más halladas entre sociedades indígenas, los humanos y los animales, serían equivalentes respecto a sus interioridades; en definitiva, ambos colectivos tendrían un alma, o algo parecido, que les permitiría tener intencionalidad, reflexividad, afectividad, aptitud para significar, para comunicarse, etc. La fórmula naturalista, la que nos contiene a nosotros, los modernos occidentales, propone continuidades entre los cuerpos de los hombres y de los animales, pero les niega a estos últimos aquella interioridad que alberga por ejemplo a la razón, máxima expresión del desarrollo humano.

No obstante, los casos en los que Carman nos sumerge subvierten esta trama. Ella comienza mostrándonos el giro que introducen las constituciones de Ecuador y Bolivia sustentadas en los preceptos de sociedades indígenas andinas. En dichas cartas magnas la Pachamama comienza a participar como un sujeto de derecho y el «buen vivir»

–que amalgama a la «madre tierra» con el cosmos–, se torna la filosofía matriz. Esta consagración de derechos «en una carta magna busca distanciarse de la retórica de dominio sobre la naturaleza característica del paradigma moder-no occidental. Al menos declarativamente, la naturaleza es consi-derada hoy día menos exterior a la experiencia humana» (Carman, 2017:159). Y, si bien juristas, académicos y líderes políticos de la izquierda latinoamericana comparten la es-peranza de que esta proclamación del buen vivir fortalezca una «descolonización del pensamiento», o bien un «proyecto libera-dor y tolerante» (ibíd.:158), la autora no deja de sospechar de estos conceptos eclécticos; se pregunta: ¿No nos estaremos enfrentando acaso a una retórica vaciada de sus saberes prácti-cos? Y, lejos de conformar a los lectores con una amena respuesta, Carman menciona que «los derechos asignados a los animales o a la Pachamama no supo-nen un simple avance legal, sino una interpelación a nuestro ethos occidental» (ibíd.:166). ¡Zas! Nuevamente, a la manera de Herzog, nos deja ahí desnudos, frente a nosotros mismos.

Así pasmados la autora nos introduce en lo que es «su caso de estudio». Como Alicia en A través del espejo, la célebre novela de Lewis Carroll, los lectores son conducidos a través de un espejo hacia el espacio de las sociedades proteccionistas de animales, un mundo donde todo parece invertirse. El paseo se inicia en 1879, año en el que se funda la Sociedad Argentina para la Protección de los Animales (SAPA), pionera en Latinoamérica junto con la de Cuba. Dicha reseña histórica no resulta trivial; permite contemplar, entre las florituras de los discursos decimonónicos, escalofrantes continuidades. Podemos leer a un Domingo Faustino Sarmiento, presidente de la SAPA entre 1882 y 1886, ideando una sociedad de seguros para caballos que sufren siniestros en la calles porteñas y tratando de bárbaros a quienes hacen uso indiscriminado de los equinos. Estas narrativas que revelan poderosas inversiones –que muestran a civilizados animales y a salvajes humanos–, no corresponden a ninguna novela, no son escenas de un film de ciencia ficción, son el allí del siglo XIX y son el aquí y el ahora de los universos proteccionistas.

En mayo de 2009, las cámaras de un noticiero sensacionalista de gran repercusión televisaron

la muerte del caballo de un cartonero en el barrio porteño de Boedo. El caso convulsionó especialmente a organizaciones como por ejemplo el «Proyecto Caballos Libres» en cuyo grupo de Facebook podía leerse: «que las bestias de seres humanos dejen de maltratar a los pobres animales, ya que los caballos sienten y, en cambio, los cartoneros no tienen sentimientos ni educación, ni nada» (Carman, 2017:191). De acuerdo a la investigación que puede leerse en el libro de María Carman, las luchas contra la tracción a sangre recrudescieron. Una de sus propuestas consistía en reemplazar a los caballos por motocarros o bicicletas eléctricas, instaurando un santuario en la provincia de Córdoba donde los animales serían dados en adopción. En el mismo predio, una cooperativa para jóvenes desjudicializados transformaría las heces equinas en compost. A este relato surrealista la autora le antepone un dato: «Según los cálculos de una ONG, unos 70.000 caballos y un millón y medio de personas están vinculados (...) con la recolección de residuos en zonas urbanas» (ibíd.:193) y así, callando su ironía, Carman nos deja preguntándonos: ¿Setenta mil caballos en un santuario? ¿Jóvenes en situación de vulnerabilidad manipulando caca de caballo? ¿Un millón y medio de motocarros con motores a explosión de hidrocarburos? ¿Y el cartonero, sigue sin nombre?

Sacrílegamente María sí le pone un nombre. Ella les da voz a los cartoneros, estos villanos que necesita el proteccionismo vernáculo para emprender sus heroicas cruzadas. Leyendo los devenires de los carreros nos volvemos a sumergir del otro lado del espejo. ¿Cómo les suena la inauguración de una biblioteca popular-establo en una de las villas más peligrosas de la Argentina? Entonces, resulta que entre estos personajes que manipulan los residuos que las grandes urbes escupen a diario hay humanos. Hay seres con alma que tratan a sus caballitos como familiares, les ponen un nombre, los alimentan, los curan. «La yegua de Marcelo parió el mismo día que su mujer: fue al parto de su yegua y no al de su hijo» le narró una veterinaria que atiende los caballos de los carreros a la autora de este libro.

Queridos lectores, otra advertencia. Lo que van a leer no es una novela de Lewis Carroll. Sí, es verdad que hay humanos sin alma –casi bestias–, hay humanos con ilustres almas que se zoomorfizan y hay animales-humanos. Pero

es el mundo verdadero que María Carman encontró del otro lado del espejo, en el mundo real, allí donde las fronteras de la humanidad parecen relajar la ilusión civilizatoria.

Hasta aquí tenemos movimientos antitracción a sangre y activistas contra el abuso y el maltrato animal. «Me gustaría matar a todos [los carreros]» (Carman, 2017:212) pregona una muchacha enmascarada en una movilización de protesta. «Seamos la voz de ellos [los caballos]» (ibíd.:213), dice otra. Tenemos a los cartoneros, eternos desclasados a los que no solo se les niega interioridad, también se les niega su corporalidad sufriende en un sistema que nunca ha dejado de reproducir pobreza. Verdaderamente tenemos a caballos maltratados y tenemos a los que integran vulnerables colectivos familiares que, al reciclar porciones de lo que la ciudad excreta, también son parte de las tramas ecológicas urbanas. Tenemos una «comunidad moral», escribe María, que legitima o deslegitima prácticas y saberes con el único auxilio del sentido común.

¿Cómo redimir este enredo? ¿Cómo superar el mero cotilleo y hallar un gesto hacia mundos liberadores y tolerantes? Hay, en Las fronteras de lo humano un poco de antídoto ante semejantes angustiosos cuestionamientos. Su autora reconecta al caballito de Boedo, a sus defensores y a los cartoneros sin nombre con lo que la antropología sobre la relación naturaleza-cultura viene desarrollando. Las hoy famosas ontologías son reconvocadas para dar cuenta de las filtraciones de nuestro naturalismo dominante, las permeabilidades de nuestros occidentalismos. Carman nos interpela describiendo «conexiones entre los movimientos de defensa equina y las cosmovisiones totémicas» (2017:217). «Si los animalistas comparten los atributos de los caballos –nobleza, buen corazón–, los carreros compartirían los de las cucarachas, como si nos hallásemos frente a los contrastes de dos grupos totémicos» (ibíd.:222), menciona la autora. Este neo-totemismo descrito por ella, que segrega categorías como las de caballo-ángel versus carrero-cucaracha se conjuga con rasgos animistas de acuerdo a los cuales los animales participan de una humanidad extendida. El conjunto de tales análisis antropológicos nos auxilia perfilando puntos de fuga a través de los cuales podemos aproximarnos a las fronteras de nuestra

humano-animalidad. ¡Y sí! diría Bruno Latour (1991), nunca fuimos tan modernos; pero necesitamos estos inquietantes ejercicios de miradas, respondería María Carman para construir a partir de estas convicciones la posibilidad de otros mundos.

Para concluir con esta reseña/ensayo me voy a animar a delinear una crítica. El último capítulo del libro se titula «Nuestras confortables taxonomías»; aquí la autora introduce categorías como las de biocentrismo, antropocentrismo crítico y antropocentrismo convencional para clasificar la gama de seres –protegidos, desprotegidos o protegedores– que desfilan a lo largo de su libro. Sin embargo, y a mi criterio, Carman dio cuenta de una taxonomía subversiva, para nada cómoda, para nada placentera. Dio cuenta de un devenir que conmueve a la económica taxonomía a la que fuimos arrojados después de Linneo nosotros –los positivistas modernos–, quienes no nos mezclamos con el taxón de los mamíferos inferiores, ni mucho menos con el de los artrópodos y ni que decir con el de los hongos o las plantas. La incómoda taxonomía que propone la autora, bajo la primera divisoria de víctima o victimario, incluye a humanos con y sin alma, a animales salvables y no salvables, y lo más sorprendente, nos advierte sobre el carácter fluctuante y perspectivo de dichas etiquetas.

Este último capítulo cierra con una frase de la actriz y modelo argentina Calu Rivero: «Entendí que todo lo que yo hago le repercute al otro, y lo que el otro hace me repercute a mí. Mi decisión de ser vegana es eso: respetar todas las piezas irremplazables de este cosmos donde vivo. Es un gran acto de amor» (Carman 2017:237). Por alguna inexplicable razón, propia de los laberintos mentales, este último guiño de María Carman me trajo el recuerdo de la ONG FFF (Fuck for Forest) conformada por un grupo de activistas que donan fotografías y películas porno realizadas por ellos mismos con el fin de recaudar fondos para actividades ecologistas. Las taxonomías condensadas en Las fronteras de lo humano nos animan a superar la risa o el deprecio que pueden generarnos las máximas de Rivero o los principios de la FFF; nos animan a militar humanidades inclusivas. La última línea de la autora versa: «Si pudiéramos volver a interrogarnos sobre los padecimientos sociales que vivimos como aceptables o inaceptables y lográramos comprender e

insertar tales padecimientos en el marco de trayectorias de más largo aliento, quizás a esos cuerpos [yo le agrego humanos y animales] les sería devuelto un rostro, es decir, la cifra de su humanidad» (ibíd.:261).

BIBLIOGRAFÍA

Descola, Ph. (2005). *Par-delà nature et culture*. París: Gallimard.

Descola, Ph. (2016). *La composición de los mundos: Conversaciones con Pierre Charbonnier*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Latour, B. (1991). *Nous n'avons jamais été modernes: Essai d'anthropologie symétrique*. París: La Découverte.

NOTAS

¹ El libro fue presentado en sociedad el 18 de abril de 2017 en una librería del barrio porteño de Palermo. Luego de una cálida bienvenida de Paz Langlais de la Editorial Siglo XXI, Virginia Manzano, científica con lugar de trabajo en el Instituto de Ciencias Antropológicas (UBA), presentó la primera parte del libro y Raquel San Martín, periodista del diario La Nación, realizó comentarios generales sobre la obra.